

## 178 Imagen de un extraterrestre o “marciano”.

Fotografía extraída de la prensa.

Los dioses que los antiguos griegos\* crearon durante las plácidas horas de sosiego en las perfumadas riberas de juncos mecidos por la suave brisa, lamidas por el Ponto Vinoso de Homero, además de inspirar con su arrebatadora belleza las más hermosas obras de arte, desde la Antigüedad hasta los superhéroes de los cómics, demostraron tener una libidinosa y un tanto enfermiza inclinación, rayana en la envidia, por sus creadores, los simples y llanos mortales: no desperdiciaban la menor oportunidad de aparearse con ellos mediante las más variadas e ingeniosas estratagemas, en un universo en continua metamorfosis en el que los límites de las formas no estaban definidos con claridad, mezclándose todo constantemente sin el menor respeto a las fronteras entre los mundos vegetal, animal, humano y sobrehumano o divino (¡Y pretenden convencernos de que el recientemente acuñado concepto de “universo líquido” es algo nuevo!).

También los actuales alienígenas parecen tener bastante interés por sus creadores los humanos, a juzgar por la ingente cantidad de avistamientos de ovnis (el primero fue el de Kenneth Arnold, en 1947) y noticias de abducciones que durante los últimos setenta años se han sucedido sin cesar. Hasta el punto de que la compañía de seguros británica GRIP incluye entre sus pólizas una para la abducción extraterrestre y su posible consecuencia en embarazo.

Sería tal el entusiasmo de los alienígenas por practicar el turismo en nuestro codiciado Planeta Azul que, desde hace ya mucho tiempo circulan rumores de que podrían llevar mucho tiempo infiltrados entre nosotros de forma más o menos permanente, existiendo ciertas pautas que, de seguirse estrictamente, permitirían detectarlos. De hecho, en Inglaterra, ciertos sectores de la población creen que los miembros de la Familia Real son en realidad alienígenas reptilianos que se hacen pasar por humanos. Lady Di lo habría descubierto en un descuido del príncipe Charles (conviviendo con ellos es lógicamente mucho más fácil “verles la cola”), con lo cual habría firmado su sentencia de muerte. Para mí, la prueba irrefutable de que los marcianos nos visitan más a menudo de lo que creemos son esos extrañísimos objetos que algunos (sin duda sus cómplices) tratan de hacer pasar por esculturas modernas, mediante los que están colonizando sistemáticamente nuestro planeta (de momento, se limitan a colocarlos en plazas, rotondas y áreas de servicio de autovías, así como delante de algunos edificios emblemáticos como bancos y fundaciones, siendo característico el sorpresivo modo como aparecen, literalmente de un día para otro).

Durante todos estos años se ha ido creando una verdadera subcultura marciana con brotes cíclicos de mayor intensidad, que se refleja sobre todo en el cine. Así, en las películas americanas de serie B de los años 50 (destacan *La invasión de los ladrones de cuerpos*, de Donald Siegel, entre las más logradas, y la delirante *Plan 9 from outer space*, de Ed Wood, aclamada invariablemente como la peor película de la historia del cine), que son un reflejo de la ideología del momento, con la Guerra Fría y su visión demonizada del Otro, el malvado comunista, como eje central (habiendo ya cumplido su misión “civilizadora” la demonización de los salvajes indios de las praderas llevada a cabo con gran eficacia mediante los populares westerns). O en el delirante asunto de la retransmisión radiada de *La guerra de los mundos* que catapultó a Hollywood a un jovencísimo Orson Welles que ya apuntaba maneras, fascinado durante toda su vida por el poder absoluto (ya estuviera éste en manos de los Borgia del Renacimiento italiano o de los grandes magnates de la prensa norteamericana como Randolph W. Hearst) y por los estrechos y casi indiscernibles vínculos entre lo verdadero y lo falso (era tal la credibilidad de la audiencia de entonces que sus tremendistas descripciones radiadas, que hoy no engañarían a un niño, llegaron a sembrar el terror y el caos en buena parte de la población). Y así hasta las cada vez más sofisticadas 2001- una

odisea en el espacio (uno de cuyos protagonistas se parece sospechosamente al gran Yuri Gagarin, primer hombre en el espacio y héroe de mi infancia cubana, precedido de poco por la perrita Laika, que dio su vida perra en el Sputnik 2 a cambio de aparecer en un llamativo sello con las siglas CCCP), El planeta de los simios, Solaris (interesante muestra de la excelente “conciencia-ficción” soviética, en la que el universo es algo así como un cerebro), Encuentros en la tercera fase, Alien, E.T, o la más reciente y paródica Mars Attack (el invariable carácter belicoso de los marcianos en el actual subconsciente colectivo puede tener su origen en mitos de la Antigüedad, en hijos del dios Marte-el dios de la guerra- como Perseo, mitad constelación y mitad guerrero europeo, como aparece en la ilustración de un códice alemán del siglo XV recogido por Aby Warburg en su Atlas Mnemosyne).

Por supuesto, la publicidad no iba a quedarse a la zaga, y sus sagaces expertos en márketing ya están elaborando campañas para la promoción de determinados productos, transmitidas a través de radar de ultrafrecuencia, cuyo potencial consumidor se encuentra a unas cuantas decenas de años luz de la Tierra (una vez “normalizadas” India y China, los vastos espacios interestelares se ofrecen como un potente afrodisíaco para la libido de los empresarios más agresivos y emprendedores).

El escritor suizo Erich von Däniken sostenía que somos el resultado de un cruce entre neandertales y marcianos (tal vez inspirado en el mito maorí de los areois, nacidos de la unión de un dios solar masculino con Vaïraūmati, la más bella de las mujeres). Sus libros y películas (Recuerdos del futuro y Regreso a las estrellas son dos de sus más populares títulos) estuvieron muy de moda en los años setenta, irrepitibles años en los que, con la ayuda de todo tipo de gurús indostánicos de pago, así como de exóticos maestros de las sustancias psicotrópicas como Castaneda, se exploraron todas las vías posibles para abandonar el cuerpo físico y, mediante los famosos viajes astrales, se planteó una seria competencia a los carísimos y peligrosos experimentos de la NASA que a punto estuvo de llevarla a la ruina.

Tampoco un ámbito tan serio y respetable como el científico se escapa a las arbitrariedades de lo humano. Como lo demuestra el hecho de que el astronauta Edwin Aldrin, que junto a sus colegas Neil Armstrong y Michael Collins asombró en julio de 1969 a media Humanidad (la otra media no tenía todavía televisor) al protagonizar la heroica gesta del primer alunizaje, en la inolvidable misión espacial del Apollo II\*\*, apenas dejar su famosa e indeleble huella en suelo lunar (como dejó Abraham la suya para la eternidad en el Makram Ibrahim de La Meca), se precipitara a comulgar como buen cristiano presbiteriano que era, realizando su “primera comunión” en el satélite de la Tierra. No bastándole, imbuido del espíritu pionero de los primeros Padres de la Iglesia, colocó bajo unas piedras una microficha con unos versículos del Salmo 8, dirigidos a Dios (como si para el Padre Eterno, en posesión del don de la ubicuidad, significaran lo más mínimo unos cuantos kilómetros de diferencia): “Al ver el cielo, obra de tus manos, la luna y las estrellas que has creado, yo digo: ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él y le cuides?”. Está claro que, ya puestos a pedirle explicaciones a Dios, habría sido mejor pedírselas no sólo por haber creado al hombre, sino por la Creación entera, esperando, como diría Woody Allen, que para lo que ha hecho “tenga una buena coartada”.

En todo este enrevesado asunto, lo verdaderamente notable es que, cuanto más “científica” es o pretende ser la procedencia de la información, más de lleno entramos en la más pura ficción. Como cuando se nos informa de que ciertas civilizaciones que viven en universos paralelos han conseguido dominar la dimensión tiempo y son las que desarrollan nuestra realidad (como en la novela de Stanislaw Lem en la que Tarkovski basó su película Solaris, en la que el Universo es como un blanquecino y nebuloso cerebro – que recuerda a los viscosos ríos y océanos de Titán, la luna más grande de Saturno, o incluso a un paisaje del surrealista Yves Tanguy – en el que cobran existencia los sueños y los anhelos, así como las peores pesadillas de los humanos). O como cuando leemos que, según fuentes militares, gubernamentales y de inteligencia (por las

dudas, consultar [www.exopolitics.com](http://www.exopolitics.com)), bajo la superficie del Planeta Rojo habita toda una civilización humanoide (como aquellos enormes gusanos de fieltro de aire algo apolillado, como de esculturas de Joseph Beuys, que habitaban bajo la oxidada superficie del planeta Arrakis en la lyncheana Dune), que serán nuestros primeros visitantes cuando el gobierno del Universo que así lo ha decidido rompa la cuarentena a la que tan injustamente (pues no hay que olvidar que somos su tierna e imperfecta criatura) nos tiene sometidos (¡a ver si va a resultar ahora que los creadores de esta nueva modalidad de Dios Todopoderoso van a ser también judíos, como los creadores del barbudo e irascible Yahvéh!\*\*\*).

Volviendo a la “realidad”, lo que sí parece que está cada vez más claro es que los verdaderos extraterrestres somos nosotros, como demuestra el reciente hallazgo en un cometa de glicina, un aminoácido esencial, o el también reciente descubrimiento de que una intensa lluvia de asteroides 24 Themis aportó más agua a la Tierra que los cometas. Lo que vendría a demostrar “científicamente” la bella y poética teoría de que estamos hechos de polvo de estrellas. Aunque la poesía no necesita ser “demostrada” científicamente, dada su capacidad, por decirlo en palabras de Dovzhenko, de “reflejar el Universo entero en una gota de agua”. Siendo pertinente recordar aquí como el poeta Miguel Hernández se autoproclamaba de profesión “perito en lunas”.

\* Esta tendencia antropocéntrica a dar forma humana (y animal) a dioses, astros, constelaciones y galaxias ya despertó la suspicacia de Jenófanes de Colofón, quien, cuatrocientos años antes de Cristo, consideraba que Dios era “una espacialidad pensante”, bajándoles los humos a los hombres y situándoles en el humilde lugar que les corresponde en el Universo.

\*\* Quién iba a decirle a los pioneros de la aventura espacial, durante la esplendorosa “Era Kennedy”, que en los próximos 40 ó 50 años nadie repetiría su hazaña. Abandonada por los EEUU (quedando en la actualidad Rusia, tras perder la Guerra Fría, como incuestionable ganadora de la carrera del espacio, de modo análogo a como japoneses y alemanes, perdedores de la Segunda Guerra Total, ganaron posteriormente la guerra del dominio de la economía) como otros sueños dorados (o más bien delirios) tales como la crionización\*\*\*\* (aplicada exclusivamente, aunque con gran éxito, a los alimentos) o la conquista de los fondos marinos (que, más que conquistados, han sido convertidos en vertederos, a la vez que se ha ido extinguiendo la vida en ellos).

\*\*\*Sin duda alguna, el colmo de la “sci-fi” son los libros sagrados de cualquiera de las religiones del mundo (incluyendo a las actuales sectas religioso-científicas). Así, en la Biblia podemos leer, en Reyes 2:11, lo siguiente: “... Apareció ante ellos un carro de fuego con caballos de fuego y Elías subió al cielo en un torbellino”. ¿Y no es acaso Cristo el más ilustre extraterrestre que nos ha visitado hasta el momento? En vistas al desagradable e injustificado papel de chivo expiatorio que le fue dado (razón por la que sería además, con muy buen criterio, el único verdadero cristiano que ha habido, como decía Nietzsche), no es de extrañar que éstos se limiten a dejarse avistar en sus naves, sin atreverse a poner un pie en tierra, pues bien podría tratarse de seres pacíficos y amorosos, superdesarrollados en el plano emocional y no agresivos e hipertecnológicos, como nuestra pobre imaginación se empeña obstinadamente en presentarlos.

\*\*\*\*La crionización, controvertido proyecto que de momento lo único que ha generado han sido unas cuantas buenas comedias, como El dormilón de Woody Allen, y un grupo de 105 personas lo suficientemente convencidas (o desesperadas) para abonar 28.000 € cada una para esperar en el Cryonics Institute de Detroit, con las pestañas cubiertas de escarcha, una hipotética resurrección de la carne que incluiría, es de suponer, al pescado, los mariscos y la verdura.